

INDICIOS DE DEBILIDAD EN LA POSICION DEL BLANCO AL NORTE Y SUR DEL LIMPOPO

Tanto al norte como al sur del Limpopó, el río que en un tiempo pudo considerarse como el valladar de la expansión hacia arriba del blanco que había puesto pie en tierra por la punta meridional del continente africano, se tiene una clara sensación de incertidumbre creciente sobre el futuro. Cuanto mayor es el empeño de los descendientes de esos primeros colonizadores blancos por delinear con mayor precisión horizontes y perspectivas, mayor y más decidido resulta el avance de las manchas negras y las sombras que empañan su nitidez. Por un lado nos encontramos con el informe de la comisión Monckton, que ha venido a dar un cierto carácter de inevitabilidad a lo que para muchos resultaba ya evidente: la desmembración poco menos que inevitable, un año o el otro, de la Federación Central Africana, formada por una ley del Parlamento inglés aprobada en 1953. Por el otro, con la decisión, todavía reciente, de proceder resueltamente a la creación del régimen republicano, para poner así punto final al proceso que empezó en realidad hace más de medio siglo, con la guerra boer, pero sin haberse conseguido todavía lo que, en el fondo, más se anhelaba: asegurar definitivamente la supremacía absoluta del blanco sobre el negro, a tiempo que, quizá sin haber pensado mucho en ello, se abría un alarmante signo de interrogación sobre el futuro mismo de la Commonwealth.

A un lado, el del Norte, se ha producido el intento, desalentador para muchos, satisfactorio para casi ninguno, de preparar el camino—se dice que es el único que aún queda—de asegurar la supervivencia del blanco como una comunidad propia en condiciones distintas a todo lo que podía esperarse, en condiciones casi únicas, porque fuera de la Unión Soviética todavía no se había dado un caso en el que la carta fundacional de una federación se cuidase de dejar abierta la puerta para la secesión o la separación. Para muchos, en particular los 300.000 blancos de esa Federación Central Africana, cada día más amenazados por el estado de agitación

que perturba la tranquilidad de siete millones de negros, el remedio apenas tiene nada de recomendable, puesto que empieza por dar reconocimiento legal a la posibilidad de que la federación no resulte aceptable para la gran mayoría de la población indígena destinada originalmente a vivir en un régimen de permanente dominación del hombre blanco.

Al otro lado, el del Sur, tres millones de blancos, una porción relativamente pequeña de una población total que casi llega a los 15 millones, negra o de color en sus cuatro quintas partes, fueron convocados a tomar la suerte en sus propias manos para depositarla en la urna y decidir así el régimen futuro de la Unión Sudafricana, como República independiente o como miembro de la Commonwealth, sin pensar quizá en que al introducir un nuevo elemento de división en una minoría no perfectamente consolidada a lo largo de los años que han mediado desde la creación de la primera colonia blanca por tierras sudafricanas, podía debilitarse una posición frente al indígena que nadie podría considerar como perfectamente invulnerable, a tiempo que se llevaba un grave elemento de discordia, quizá de escisión y de ruina, a la propia Commonwealth.

El informe de la comisión de veinticinco miembros, presidida por lord Monckton, que durante meses estuvo entregada a una sistemática labor de estudio e investigación sobre el estado de ánimo y la actitud de la abrumadora mayoría, quizá la totalidad, de la población indígena de la Federación Central Africana, formada por las dos Rhodesias y Nyasalandia, llegó a una conclusión alarmante: la existencia de lo que llama un odio patológico del indígena africano a la federación formada por las dos Rhodesias y Nyasalandia, por lo que consideró necesario dejar constancia del derecho contingente a la secesión al cabo de un período de prueba adicional. Sin hacer una concesión tan importante no sería posible obtener, advierte el informe, el consentimiento africano a contar con un nuevo período de prueba y ensayo, para ir formando un ambiente predispuesto a la federación.

Conclusiones del informe.

Establece el informe Monckton dos tesis fundamentales. Primera, no es posible el mantenimiento de la Federación Central Africana en su forma actual. Segunda, es muy aconsejable la continuación de relaciones y lazos federales entre los tres miembros de la Federación, la Rhodesia del Norte, la Rhodesia del Sur y Nyasalandia.

La oposición a la federación en su forma actual, dice el informe, que era ya muy acusada en la población africana de los territorios septentrionales cuando se formó, hace siete años, ha continuado creciendo y se ha endurecido de tal modo que alcanza en la actualidad un punto de desconfianza y odio que no se podría salvar sin la introducción de cambios fundamentales en la estructura de la asociación misma, así como en la política racial de la Rhodesia del Sur. (La Rhodesia del Sur, donde vive la inmensa mayoría de la población blanca de la Federación, factor esencial quizá en el desarrollo de una política netamente racista, parecida a la de Sudafrica, mantiene con esta nación vecina contactos y simpatías que han dado lugar antes de ahora a que se hablase de la posibilidad de su incorporación a la Unión Sudafricana.)

Reconoce la comisión el derecho pleno del Gobierno británico a controlar el futuro de sus territorios, pero al arrancar del convencimiento que la existencia del derecho de secesión podría, antes que debilitar la Federación, asegurarle la posibilidad de supervivencia, pide al Gobierno que haga una declaración de público reconocimiento del derecho de la población indígena a solicitar la secesión y la promesa de tomarla en consideración si fuese hecha. Esto se haría en determinadas circunstancias: *a*) después de haber alcanzado un territorio la autonomía (lo que haría posible que la Rhodesia del Sur pidiese ya la secesión si lo deseara), o *b*) al cabo de un período fijo de años, de cinco a siete, a contar desde la entrada en vigor de la constitución del nuevo estado de cosas.

Las conclusiones de la Comisión Monckton no han sido adoptadas en todos los casos con el consentimiento unánime de la totalidad de sus miembros. En general, sin embargo, las diferencias han sido de menor importancia y han afectado, en cualquier caso, a una pequeña minoría.

Sólo dos miembros se mostraron disconformes con la oposición a la disolución de la Federación, Wellington Chirwa y Habanyama, que presentaron por su parte un informe especial para proponer la disolución inmediata de esa Federación. Sugieren la celebración de un plebiscito en los tres territorios que la forman en la actualidad, sobre la base del sufragio universal adulto, para decidir entre la federación y la secesión. Al mismo tiempo, formulan recomendaciones sobre la futura asociación económica de los tres territorios, a tiempo que piden al Gobierno inglés que acelere el ritmo del progreso constitucional en cada una de ellas.

El aspecto económico de la cuestión ocupa un lugar importante en el informe de la Comisión Monckton, pues es una de las razones fundamentales que aconsejan—dice—la continuación, al menos por ahora, de la

federación, puesto que su disolución inmediata tendría como consecuencias grandes dificultades y privaciones para la población indígena y llevaría aparejados grandes sacrificios para todos. También recomienda la comisión la continuación de la federación, en forma distinta, sin embargo, por razones políticas, puesto que su disolución significaría que no quedaba ya esperanza alguna para la existencia continuada en el continente africano de una sociedad multirracial.

Discriminación racial.

Afirma el informe—se asegura que refleja con exactitud la opinión del africano, resueltamente contraria a la federación, a pesar de haber sido boicoteadas sus tareas de investigación por los partidos nacionalistas de los territorios septentrionales y haberse ejercido una gran presión, mediante la intimidación e incluso la violencia, sobre los africanos que pudieran estar dispuestos a comparecer ante sus miembros, especialmente en Nyasalandia—que la discriminación racial existe en la federación por todas partes y muy especialmente en la Rhodesia del Sur, razón por la cual el indígena ha llegado a considerar la asociación con el blanco como una farsa o una pretensión que no guarda la menor relación con la realidad de los hechos. Entre las leyes y disposiciones de carácter discriminatorio que deberían ser suprimidas o modificadas figuran éstas: Las leyes sobre documentos de identidad de la Rhodesia del Sur; las discriminaciones en los Gobiernos locales, los servicios públicos y las actividades industriales; la ley sobre la distribución de la propiedad en la Rhodesia del Sur.

Recomienda la comisión que los distintos Gobiernos de los territorios aprueben leyes declarando ilegales todas las actividades de discriminación racial en cualquier clase de actividad o relación, salvo en «las relaciones puramente privadas».

En la Constitución de la nueva federación, cuyo Gobierno central tendría mucho menos autoridad y atribuciones más reducidas que en la actualidad, debería incluirse un «Fuero de Libertades» y un «Consejo de Estado» para la federación y uno más para cada uno de los tres territorios que la forman. Ambas cosas tendrían como finalidad esencial actuar contra la adopción o puesta en vigor de leyes y disposiciones de carácter discriminatorio en materia de raza, color y credo. También esos Consejos informarían periódicamente a los Parlamentos respectivos tanto sobre la legislación ya en vigor como sobre las medidas propuestas o en estudio. No

deberían tener poder de veto; sólo autoridad para aplazar la entrada en vigor de una ley.

Uno de los aspectos más importantes—y para muchos más alarmante—de las recomendaciones de la Comisión Monckton alude a la representación africana en el Parlamento federal. Aquí no se ha logrado la unanimidad; la mayoría, entre la cual figura lord Monckton, aconseja que los 60 puestos de esta Asamblea federal sean distribuidos sin pérdida de tiempo entre miembros africanos y europeos, a partes iguales. El Presidente debería ser elegido entre personas que no son miembros de la Asamblea. La comunidad asiática debería estar representada por un miembro que tendría voz, pero no voto. La elección de miembros debería hacerse a base de una lista común, y quizá con la ayuda de elecciones primarias basadas en listas o censos comunales. Ante la posibilidad de dificultades serias para la celebración de elecciones sobre la base de una lista común, la mayoría de la comisión recomienda la celebración de elecciones comunales, con carácter interino, para no demorar las cosas, por existir una clara sensación de ingenio, para impedir un gradual empeoramiento de la situación.

La minoría, por su parte, pide la distribución de esos 60 puestos en tres grupos, de los cuales 20 serían miembros europeos y 20 africanos, elegidos unos y otros sobre la base de listas comunales con requisitos mínimos para el ejercicio del derecho de voto. Los otros 20 miembros restantes serían elegidos a base de una lista común, con requisitos cualitativos. (Ha habido otras discrepancias, de menor importancia por el número de los miembros de la comisión que las apoyaron, como la que consideraba que las anteriores propuestas van demasiado lejos o la que aconsejó que se procediese sin pérdida de tiempo a la elección de una Asamblea federal con mayoría africana.)

Poderes disminuidos.

El estado de desarrollo político es diferente en cada uno de los tres territorios de la federación. En uno ya existe una considerable autonomía; en otro, la Rhodesia del Norte, la comisión recomienda la celebración inmediata de una conferencia constitucional, mientras que para Nyasalandia se piden progresos constitucionales para alcanzar la autonomía del tipo de los hechos ya en la Rhodesia del Norte.

En cuanto a las funciones territoriales, recomienda que muchas de las que en la actualidad son de la competencia del Gobierno federal pasen a los Gobiernos de los territorios, con lo cual se produciría inevitablemente

un debilitamiento notorio de la federación. Las funciones que deberían ser de la competencia de los territorios son, con algunas limitaciones, las relativas a la salud, comunicaciones, prisiones, educación y agricultura. Asimismo, recomienda que se devuelvan a los territorios la mayor parte de las funciones de recaudación, dejando al Gobierno federal únicamente la autoridad necesaria en cosas de hacienda para el ejercicio de funciones de control económico en escala general. Con este fin, dice que es necesaria la creación inmediata de una comisión fiscal destinada a la preparación de un proyecto de ley relativo a la nueva distribución de los atributos fiscales. También considera necesaria la creación de un Consejo de Desarrollo Económico, en el cual estén representados todos los Gobiernos de la federación. Desde este punto de vista, los poderes federales quedarán confinados a la política económica de carácter general, junto con una acción limitada en materia de relaciones exteriores y funciones defensivas.

Estima la Comisión Monckton que hasta el nombre mismo de «Federación» debería ser abandonado, por haber llegado a encontrar una oposición encarnizada entre la población indígena, por lo que sería conveniente que una asociación federal como la que recomienda para los tres territorios iniciase la vida con un nombre nuevo. Esta nueva federación no podría alcanzar la independencia mientras los territorios que la formasen no hubiesen alcanzado un alto grado de autonomía.

La capital federal debería continuar en Salisbury, como actualmente, pero la Asamblea federal debería reunirse en los tres territorios, por turno.

En cuanto al futuro desarrollo económico, la gran mayoría de los miembros de la comisión ha llegado a la conclusión de que el Gobierno británico debería conceder a la federación empréstitos al tipo de interés más bajo posible.

De salir adelante este proyecto, en el futuro la federación no sólo quedaría muy limitada, en relación con lo que venía siendo y se quería que fuese, ya que sus funciones estarían restringidas a los asuntos exteriores, la defensa y el crecimiento económico, sino que se produciría una distribución de los poderes restantes entre los territorios que la integran en forma mucho más equitativa que hasta ahora. Los dos territorios del Norte dejarían de estar dominados, directa o indirectamente, por el del Sur, donde está concentrada la gran mayoría de la población blanca de la federación. Esto es importante, porque es la prueba de que la comisión ha aceptado el punto de vista que sostenía que la política racial de la Rhodesia del Sur ha sido, en general, el gran obstáculo con que se ha tropezado

en el pasado intento de crear un ambiente favorable a la federación salida de la ley de agosto de 1953.

El derecho de secesión.

No por esperadas muchas de las conclusiones de la Comisión Monckton han dejado de producir una gran tormenta y una fuerte oposición, mucho más por Salisbury que por Londres, pues no en balde afectan de una manera decisiva a la minoría blanca, especialmente en la Rhodesia del Sur, donde además de ser más importante (unos 210.000 blancos y 2.500.000 negros, mientras que en la Rhodesia del Norte esta relación es de 70.000 blancos y 2.225.000 negros, y en Nyasalandia, de unos 8.000 blancos y 2.800.000 negros), está más organizada también. Una gran parte de la oposición busca escudarse en el reconocimiento explícito del derecho de secesión, si bien las causas fundamentales son otras, una sobre todo: la inevitabilidad práctica del fin de la supremacía de la raza blanca en la federación, anegada por la marea negra, que si no lo envuelve ya todo por el continente nada mal llamado negro, amenaza con hacerlo en un periodo de tiempo que parece ha de ser más bien corto. O se deja paso a la mayoría, que aspira a dejarse sentir con el peso del número, o no quedan mayores perspectivas en realidad que las que pudiera ofrecer una situación enteramente caótica, como la que se ha venido dando por el Congo. El reconocimiento expreso del derecho de secesión es, en fin de cuentas, un argumento de carácter académico, puesto que la secesión pudiera producirse, reconocido o no el derecho a ella, si las circunstancias fuesen favorables. De la misma manera que el mero reconocimiento de este derecho no quiere decir que haya de producirse necesariamente.

Bastaría como demostración el hecho de que en la única federación que en la actualidad existe el reconocimiento expreso del derecho de secesión, la soviética, es donde menos probable parece, hoy por hoy, que la secesión pudiera pasar del ámbito de la mera expresión constitucional al de una realidad práctica en la que seguramente no hay una ausencia total de deseos, pero sí razones políticas—y de otra naturaleza—que harían prácticamente imposible el éxito de cualquier intento hipotético realizado en afirmación de ese derecho. Por la otra parte, se tropieza con acontecimientos tan llamativos como la separación del Senegal del Sudán ex francés apenas declarada la independencia de la Federación del Malí, en la que no se había previsto la secesión, pero donde se produjo con la fuerza y la decisión de los hechos irremediables.

El movimiento de oposición a las conclusiones de la Comisión Monckton busca para su mejor desarrollo los argumentos más fáciles y más sugestivos, como el de la secesión. Uno de los jefes más resueltos y animoso del movimiento federativo, sir Roy Welensky, jefe del Gobierno federal, no tardó en encontrar razones emotivas para resistir las recomendaciones de la comisión. Cuando el Parlamento de Londres echó los cimientos sobre los cuales fué creado el sistema federal de los tres territorios, no se hizo la menor alusión a la posibilidad o la probabilidad de que la federación fuese temporal, transitoria o experimental.

Todo hacía esperar, según sir Roy, que las recomendaciones de la comisión fuesen incondicionalmente favorables a la federación, y esa era la impresión que se había recibido del propio Gobierno británico. Es más, en el informe se advierte una inclinación abrumadora del lado de la continuada asociación federal, pero, declaró sir Roy en un debate parlamentario en Salisbury, «mi disconformidad con la comisión está en haber dado la bendición con una mano y una puñalada mortal con la otra». Al mismo tiempo, añadió, que «mi disconformidad con el Gobierno del Reino Unido está en no haberse mostrado dispuesto a mantener resueltamente las anteriores promesas de conservar la fe en el valor de los lazos federales, sino en haber preferido refugiarse en algunos puntos de una interpretación sofisticada».

Fragmentación política.

Tanto sir Roy Welensky como sir Edgar Whitehead, primer ministro del Gobierno de la Rhodesia del Sur, están incondicionalmente del lado de la conservación del actual sistema, del mantenimiento de lo que ha sido calificado ya como una unión total y permanente. Tratan de negar no sólo el derecho a la secesión, sino la posibilidad misma de su existencia una vez establecida la federación, «una unión indestructible compuesta de territorios indestructibles». Sería igual, según la argumentación de sir Roy, de insistirse en el derecho de secesión, a facilitar los medios que hiciesen posible que una provincia se separase del Canadá o de Australia. Hay claros indicios ya de que está en marcha un movimiento encaminado a impedir por todos los medios no ya el ejercicio del derecho de secesión, sino el reconocimiento mismo de ese derecho, que para la comisión acabaría siendo más hipotético que real, pues existen poderosos factores que tienden a conservar la unión, económicos mucho más que políticos. (Algunos de estos factores, como la Compañía Anglo-American y la British South

Africa Company, afiliada suya, los mayores inversionistas de la federación en minería y en agricultura, figuran, junto con la Rhodesian Selection Trust, con grandes intereses en las explotaciones del cobre, no sólo tienden a la conservación de los lazos de asociación, sino que han sido desde un principio un poderoso apoyo financiero de sir Roy y su Partido Federal Unido.)

Se hace algo más que hablar de la creación de un «Ejército Republicano de Rhodesia», preparado o en la fase de preparación—incluso con el posible reclutamiento de una fuerza mercenaria—para algo más que cubrir las carreteras y paredes de letreros y consignas, octavillas distribuidas por el correo y otros medios de propaganda y agitación, con los cuales se trata de crear un estado de ánimo predispuesto a resistir por todos los medios los intentos que se pudiesen hacer, de cualquier clase que fuesen, por crear un ambiente favorable a las concesiones a la población indígena, a la que siempre se califica de «negra», nunca de «africana», como hacen invariablemente los propagandistas de la independencia y la secesión. Se está creando un ambiente de lucha que busca explotar hasta el máximo las condiciones de un clima que se ha visto influenciado poderosamente por los acontecimiento que se han venido registrando por uno y otro extremo, por el Congo, al Norte, y por la Unión Surafricana, al Sur. Pretende encontrar fuertes puntos de apoyo para el desarrollo de unos argumentos a los que pretende dar cierto carácter decisivo, en el estado de fragmentación política que existe actualmente en la federación y en los tres territorios que la forman. En el espacio tan limitado de que se dispone apenas se podría pasar de un índice de los partidos y grupos que existen en la Federación Central Africana. Dos de ellos, el Partido Federal Unido, ya citado, y el Partido del Dominio Federal, de Minston Field, están organizados sobre la fase de la Federación, no de los territorios. El primero es partidario de la federación dentro de la Commonwealth, se mantiene fiel a las tradiciones británicas, es leal a la Corona y aspira a que los Gobiernos de los territorios federales estén siempre en manos «civilizadas y responsables». Cuenta con 46 diputados en el Parlamento federal. El otro, con ocho puestos en ese Parlamento, sostiene la necesidad de la federación sobre bases económicas y con un sistema que conserve y aumente la preponderancia de la Rhodesia del Sur, con dos Estados satélites, en realidad, la Rhodesia del Norte y Nyasalandia, cuya composición es abrumadoramente negra. Los partidos organizados en cada uno de los tres territorios son:

RHODESIA DEL SUR: *Partido Federal Unido*, dirigido por sir Edgar Whitehead, con 17 puestos en el Parlamento de este territorio. Es el par-

tido gobernante y sus principios son idénticos a los del que lleva el mismo nombre y está organizado para toda la federación. *Partido del Dominio*, de W. J. Harper, resueltamente favorable a la conservación de privilegios para la raza blanca en cuanto a la propiedad de la tierra y al desarrollo de una política de «La Rhodesia del Sur ante todo». *Partido Central Africano*, de Ralph Palmer, organizado para poner fin a la discriminación racial y el establecimiento de un régimen de libertad y justicia. *Partido Progresista*, de reciente creación, multirracial y defensor del principio de la misma oportunidad para todos. *Partido Democrático Nacional*, de Leopold Takawira, contrario a cualquier régimen de minorías y cuyo principio básico es: «Un hombre, un voto». *Partido de la Rhodesia del Sur*, del doctor A. Palley, escindido en 1959 del Partido del Dominio, formado para la defensa del «pueblo de la Rhodesia del Sur dentro de la Rhodesia del Sur». *Nuevo Partido de la Rhodesia*, formado por Maurice Fisher para luchar por la obtención del estado de dominio para la Rhodesia del Sur dentro de la Commonwealth, a la vez que apoyar los esfuerzos de la Rhodesia del Norte por acabar con el régimen colonial. *Partido Confederado*, de Stanley Gurland, opuesto a toda forma de integración racial y partidario de la unión de la Rhodesia del Sur con la Unión Surafricana.

RHODESIA DEL NORTE: *Partido Federal Unido*, bajo la presidencia de John Roberts, con los mismos principios que el federal del mismo nombre. *Partido Central Africano*, de sir John Moffat, contrario a toda discriminación racial. *Partido del Dominio Federal*, defensor de un plan de alianza centro africana, dirigido por G. F. M. Vaneeden. *Congreso Nacional Africano*, de Harry Nkumbula, resueltamente enemigo de la federación y defensor del sufragio universal, con el principio de «un hombre, un voto». *Partido Nacional Unido de la Independencia*, de Kenneth Kaunda, partidario de romper con la federación por medios legales y recurrir a las Naciones Unidas si esto no fuese posible.

NYASALANDIA: *Partido Federal Unido*, presidido por A. C. W. Dixon, con los mismos principios que el partido federal del mismo nombre. *Partido Centro Africano*, de C. R. Kumbikano, con idénticos principios a los del mismo nombre en otros territorios. *Partido del Congreso Malawi*, del doctor Haatings Banda, el más fuerte de Nyasalandia, cuyo programa pide la secesión y el gobierno autónomo para este territorio. *Partido del Congreso de Liberación*, de T. D. T. Banda, defensor de la federación.

Entre la población indígena existe una corriente favorable a la creación

de una federación de base mucho más ancha, a la asociación de los tres territorios de la Federación Central Africana con los tres territorios del Africa oriental: Tanganica, Kenia y Uganda. Cuenta esta corriente con el apoyo decidido de tres personalidades destacadas del actual momento africano, Julius Nyerere, ministro principal de Tanganica, territorio que está en una fase avanzada del proceso hacia la autonomía; el doctor Banda, de Nyasalandia, y Kenneth Kuanda, de la Rhodesia del Norte. Por ahora, sin embargo, la cuestión de más palpitante actualidad es el informe de la Comisión Monckton y lo que salga por dar sanción parlamentaria a sus recomendaciones esenciales.

La República de Suráfrica.

Mientras tanto, por la Unión Surafricana—y por otras partes, más o menos interesadas en el desarrollo de unos acontecimiento que a duras penas dejarán de tener hondas repercusiones, tanto en el continente africano como en los anchos dominios de la Commonwealth—se espera con alguna impaciencia la llegada del 31 de mayo, el Día de la Unión, como ahora se le llama, que es cuando seguramente se procederá a la proclamación del régimen republicano, salido de un referéndum celebrado el 5 del pasado octubre y en el cual el 48 por 100 de la minoría blanca surafricana se fué hacia el lado de la oposición. El hecho de que en ese mismo lado se encuentra también la gran mayoría, es de suponer, de la población negra y de color, no parece ser un motivo de seria preocupación para el Gobierno que ha dado fin a un largo y penoso proceso histórico. Esto no quiere decir, sin embargo, que las perspectivas sean perfectamente tranquilizadoras. Una mayoría de sólo 74.000 votos en toda la población blanca de Suráfrica—unos tres millones de personas—es poco para sancionar la adopción de un régimen que no sólo va contra los sentimientos de una gran minoría de esa raza blanca, sino contra la abrumadora mayoría de la población indígena, que no se ha tenido a bien consultar para nada. No porque para ella sea mejor o peor la República o un sistema como el que se venía manteniendo hasta ahora, de completa libertad y autonomía, pero sin romper los lazos de unión con la Commonwealth, cuya máxima representación simbólica es la Corona de Inglaterra.

Acaso la mejor indicación de que no todo el mundo está conforme, por Suráfrica, con el paso que se ha dado, con lo que el primer ministro, doctor Hendrik F. Verwoerd, calificó como «el comienzo de una nueva era», que en realidad empezó con la guerra boer, esté en que el propio

Verwoerd prometió asistir a la conferencia de primeros ministros de la Commonwealth en Londres en los primeros días de 1961, para pedir personalmente que se permita a Suráfrica continuar dentro de la Commonwealth, cosa perfectamente posible incluso después de la adopción del régimen republicano, como sucede con la India o el Pakistán. Pero el caso de Suráfrica no es el mismo.

Hay oposición por Suráfrica y la hay mayor todavía por la Commonwealth, o algunos de sus miembros, en cualquier caso, resueltamente opuestos a la política de «apartheid» o separación racial, y decidido, por lo tanto, a no convivir en esta comunidad de naciones con quien lleva las relaciones humanas a tales extremos de separación y discriminación poco menos que absolutas. Sabe muy bien el doctor Verwoerd que el camino a seguir para la terminación total de un proceso iniciado a principios del siglo actual estará cuajado de serias dificultades. Por eso quizá anunció que se dejaría pasar un cierto período antes de romper definitivamente todo lazo de lealtad y fidelidad con la Corona de Inglaterra, «para dejar que nazca hierba sobre la herida».

La «última batalla de la guerra boer», ese referéndum que ha venido a establecer, por fin, el dominio absoluto de los boers—ahora se llaman afrikaners—, no sólo sobre negros y gentes de color, mulatos, asiáticos, etcétera, sino sobre casi la mitad de la minoría blanca del país, de origen inglés más bien que holandés, no sólo no ha conseguido cerrar del todo heridas abiertas desde hacía largo tiempo, sino que ha abierto otras nuevas o, en cualquier caso, ha ensanchado algunas de las que se resistían a ser cicatrizadas. Hay razones en abundancia—y algunas poderosas—para la aceptación de Suráfrica en el «club» de la Commonwealth, una vez que se produzca el acto formal de separación, sin lo cual no podría establecerse oficial y legalmente el régimen republicano salido de ese referéndum, pero también hay tremendas razones, pasionales con frecuencia, que son a menudo las que mayores dificultades ofrecen, para impedir que Suráfrica continúe dentro de la Commonwealth. En particular la oposición de esos miembros no blancos, como la India, Ghana o Nigeria, que han condenado y siguen condenando duramente la segregación racial surafricana.

Relaciones económicas.

Este período de espera, hasta el 31 de mayo, a juzgar por todos los indicios actuales, será también un tiempo conveniente para la meditación y para el esfuerzo encaminado a buscar la manera de no interrumpir las re-

laciones existentes todavía. Por ello ya se actúa con preferencia en el terreno de los contactos personales, la acción privada y discreta más bien que las declaraciones públicas del tipo de las hechas durante la preparación del referéndum, porque pudiera resultar, en definitiva, que nadie tuviese tanto interés por continuar dentro de la Commonwealth como Suráfrica misma.

El fin de la Commonwealth para Suráfrica tendría grandes y graves repercusiones, sin duda. Afectaría sobre todo a las relaciones comerciales, que son muy importantes, en particular por las preferencias imperiales que han servido a Inglaterra, hasta ahora, para demandar condiciones especiales con miras a entrar en una colaboración más íntima con los países de la Europa occidental asociados en el Mercado Común. Pero afectaría a muchas otras cosas, la presencia, por ejemplo, dentro del territorio mismo de la Unión Surafricana de territorios británicos, como Basutolandia, Bechuanalandia y Swazilandia; el estado de ánimo de la población en zonas de una gran mayoría de descendencia inglesa entre la población blanca, como sucede por Natal y otras partes, donde ya se ha empezado a hablar con mucha insistencia de un movimiento separatista, quizá de imposible desarrollo, no ya de realización de sus objetivos, pero no por ello una dificultad más a la que necesariamente habría de hacer frente un régimen que empieza a tropezar con demasiadas resistencias.

Las relaciones económicas de Suráfrica con Inglaterra y otros países, pero sobre todo con Inglaterra, son muy importantes. Las inversiones británicas allí se hacen subir a un valor total de 900 millones de libras, y es indudable que hasta ahora han jugado un gran papel en el desarrollo de la vida surafricana los grandes Bancos, las grandes Compañías de navegación y otros intereses que pueden haber perdido alguna importancia con el paso del tiempo, pero no toda, ni mucho menos.

Durante la campaña de agitación que precedió a la celebración del referéndum no se habló de estas cosas. Se habló mucho, en cambio, de romper las relaciones con «esa señora de Inglaterra», una manera estudiadamente despectiva de aludir a la misma, y se llegó incluso hasta el extremo de traer de nuevo a la actualidad actitudes tan radicales como la sintetizada en una antigua declaración del actual ministro de Asuntos Exteriores, Eric Louw, cuando afirmó que «mientras continuemos en la Commonwealth británica nos veremos constantemente constreñidos por el liberalismo inglés en nuestros esfuerzos por encontrar la solución para el problema del color y la cuestión judía».

De eso lo mejor sería olvidarse lo antes posible. Para eso, precisamente,

se ha pensado en ese período de espera, más de medio año, dedicado sobre todo a gestiones activas encaminadas a crear una atmósfera favorable a la continuación de alguna forma de relación con la Commonwealth. Antes de salir para Londres y otras capitales, para dar comienzo a las gestiones encaminadas a evitar una ruptura total entre Suráfrica y la Commonwealth, el doctor Diederichs, ministro de Asuntos Económicos, trató de tranquilizar a los que temían ya el desmoronamiento de la economía surafricana. «Jamás hemos aceptado esa idea—dijo—. Porque, por un lado, tenemos el propósito de seguir dentro de la Commonwealth, como República. Y si esto no fuese posible, confiamos en retener las preferencias imperiales para nuestro comercio. Y si perdiésemos las preferencias imperiales, entonces trataríamos de negociar nuevos acuerdos comerciales con Inglaterra y otros países de la Commonwealth para nuestro mutuo beneficio.»

Ahora se habla menos de lo que antes estaba a la orden del día, de cosas como la pregunta, que apenas se dejaba de hacer en un acto de propaganda electoral de cualquier clase que fuese: «¿Le gustaría que su hija se casase con un cafre?» Ahora se trata de ejercer presión por otros lados y direcciones, con miras a tranquilizar, si fuese posible, el estado de opinión de esos miembros de la Commonwealth que se empeñan en tener en cuenta siempre las declaraciones, las actitudes y las experiencias de un régimen apasionadamente dedicado al principio de la separación racial, en beneficio de una minoría considerable, pero siempre pequeña, de la población total de la Unión Surafricana. No es mucha la confianza en el éxito de una empresa que pudiera, si fuese demasiado vigoroso el esfuerzo empleado, destrozarse a la Commonwealth no menos que las relaciones de Suráfrica con algunos, en cualquier caso, de sus miembros. El hecho de que la unanimidad sea requisito esencial para la aceptación de nuevos miembros en este «club» y que Suráfrica cuente con tan escasas simpatías en algunos de ellos no induce al optimismo excesivo. Pero pudiera ser que, al fin y al cabo, naciese alguna hierba sobre la herida, la suficiente para acabar en alguna fórmula de transigencia cuando no de concordia que permitiese a Suráfrica evitar el serio tropiezo que para el nuevo régimen republicano significaría la ruptura de todos los lazos y contactos con la Commonwealth.

JACINTO MERCADAL.